

se ha valido. Mandó volver al mundo á Enrique Wanton, aquel célebre y diligentísimo observador de los usos y costumbres de los monos, y le mandó continuar su obra retratando á los mexicanos bajo la ridícula figura de aquellos animales y poniéndoles á la vista sus delirios, el extravío de su razon y los in calculables males que ocasionan á su desgraciada pátria cuando piensan engrandecerla. Pasamos en silencio y acaso otra ocasion referirémos los ceremoniales con que se hizo salir de las mansiones de la eternidad á aquel hombre para volverlo á la vida mortal, los aullidos terribles del Can-cerbera, la profunda admiracion del Aqueronte, acostumbrados solo á conducir en su barco á los que salen de este mundo y nunca á los que vuelven. Todo esto, como hemos dicho, lo omitimos, y tambien las tristes lamentaciones de Enrique, por no haberlas oido, pues cuando llegamos á su habitacion, solo alcanzamos estas expresiones: ¡Oh Júpiter! ¿Por qué me castigas de un modo tan extraño? á ningun hombre has impuesto jamás esta pena, y para mí solo la reservas, quieres que vuelva á este miserable mundo y sea testigo de los espantosos progresos que han hecho los malditos monos en la carrera de sus vicios cuando yo escribí ridiculizándolos con la esperanza de conseguir alguna enmienda; sus crímenes eran la incontinencia, el adulterio, la ebriedad y otros de esta clase, que aunque en sí son graves, hoy pasan por veniales, y en efecto lo son, pues los daños que producen son de mono á mono y los crímenes de estos tiempos se dirigen á destruir to-